

general de Política Exterior tanto en la República como en el franquismo, y al que se debe, entre otras iniciativas, el diseño neutralista defendido por Gómez-Jordana a partir de finales de 1942. Doussinague fue, posiblemente, el diplomático más importante de aquellos años. Partiendo de una formación internacionalista, lo que le supuso un rechazo inicial entre los diplomáticos franquistas de la primera hora, supo captar el cambio de rumbo que se imponía a la política exterior española, cuando el viento de la guerra empezaba a soplar en contra del Ejército alemán en Europa del Este y en el norte de África.

El libro nos presenta también a otro miembro del Servicio Exterior, Juan Pablo de Lojendio, un diplomático “imprescindible” en palabras de María Jesús Cava, que desplegó una política cultural de fuertes raíces católicas en sus destinos en Argentina, Uruguay y Cuba, para terminar como embajador en Roma y después en la Santa Sede. Otro de los capítulos está dedicado a José del Castaño y Cardona, “más falangista que diplomático”, como argumenta Florentino Rodao, que fue durante la Guerra Civil delegado nacional de la Falange Exterior, un intento fallido de Serrano Suñer para falangistizar la diplomacia española, especialmente en Iberoamérica. En los libros citados aparecen otras figuras que sobresalieron en la difusión propagandística del sistema político imperante. Merece destacarse la del embajador en Washington, Francisco de Cárdenas, pues, como se subraya en la investigación de López Zapico, se sometió a dos retos que le sobrepasaban: movilizar a la opinión pública americana a favor del franquismo e intentar difundir en Estados Unidos los órganos informativos de ideología falangista.

El libro descubre aspectos del ámbito diplomático español de los años cuarenta y cincuenta, entonces tan poco transparente, y confirma que el estudio de la propaganda franquista y su proyección exterior sigue siendo fundamental para entender el entramado del sistema político de Franco.

Juan Manuel FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ-CUESTA
Universidad Complutense de Madrid

ORTIZ DE ORRUÑO, José María y PÉREZ, José Antonio (coords.), *Construyendo memorias. Relatos históricos para Euskadi después del terrorismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013, 287 pp.

Reyes Mate, Elizabeth Jelin, José María Faraldo, Carmen Magallón, Eduardo González Calleja, Rogelio Alonso, Santos Juliá, Luis Castells, Ander Gurrutxaga y Juan Pablo Fusí son los autores, todos ellos bien conocidos, que tratan con sus aportaciones de responder a la pregunta que articula el volumen y le da su unidad: si los historiadores participan –si participarán– en la elaboración de la memoria histórica en Euskadi, con el terrorismo en el centro, y si –como parece ir sucediendo– las víctimas de ETA han de permanecer en el olvido en aras de la construcción de la paz.

No es fácil dar respuesta a esta pregunta, que en la voz de la mayoría de quienes son aquí autores de los textos se presenta llena de pesar por la ambivalente conexión entre historia y política viva, mostrando en todo caso mayor preocupación disciplinar que aliento victimista. Sin que ello evite, es claro, las notas doloridas.

Situar en un plano de igualdad “todas las memorias..., todas las verdades...” es la estrategia política que inspira, entre otras cosas, el proyecto de construcción histórica nacionalista de *Euskal Memoria*, la fundación nacida en noviembre de 2009 que –como se adelantan a advertir los compiladores de *Construyendo memorias...*– despliega una concepción de la memoria “puramente instrumental”, orientada a hacer girar la vida en el País Vasco sobre el mantenimiento actualizado del conflicto político y lingüístico. Su idea y sus prácticas son refractarias al análisis académico, a la escritura propiamente histórica que sale de la universidad y, en el caso concreto de este volumen, del Instituto de Historia Social “Valentín de Foronda”. Contaminadas mutuamente memoria e historia, como sucede en general y de modo acusado en el País Vasco, es honda convicción que el relato histórico que prevalecerá ha de quedar en manos, antes o después, de quien pueda ganar esa batalla (“El que convenza, vencerá”, podía leerse en el editorial de *Gara* el 2 de octubre de 2011...) Y, en ese marco, una versión del *modelo irlandés*, idealizado –como viene a destacar Rogelio Alonso–, forma parte central del discurso político que pugna por vencer.

El volumen recoge en su conjunto aportaciones inspiradas tanto por el compromiso cívico de los autores como por su inserción en el marco científico-social, y se proyecta en torno a tres parámetros: la comparación con otros escenarios pos-conflicto (América del Sur, Polonia o Irlanda), en donde se evidencia la necesidad de deslegitimar el terrorismo para no proceder a un cierre en falso de las heridas; la observación y análisis de las posiciones de aquellos agentes sociales que construyen las interpretaciones del pasado que sustentan las políticas públicas de memoria; y, como corolario, la necesidad de construir un relato democrático para Euskadi después de ETA. No podemos, por razones de espacio, dar cuenta del contenido vario de todo ello aquí, pero sí mostraremos algunas de sus claves, las que más directamente afectan al caso vasco, desde la perspectiva de los participantes en *Construyendo memorias*.

Sobre el acuerdo necesario en la elaboración del relato histórico, sobre la concertación de mínimos en una sociedad eminentemente plural, versan en especial los textos de Ander Gurrutxaga y Luis Castells, ambos negadores de una hegemonía unilateral de los discursos y reivindicadores de una impostación ética, deudora inseparable de la libertad. Es L. Castells quien más urgente estima (exigencia de “apremio”) encontrar, y aceptar, un hilo de discurso que evite “la ignorancia y el olvido” en el seno de un contexto social en el que el terrorismo contó, indiscutible y abundantemente, con ese fuerte apoyo del que es heredera la tolerancia, aun viva y actuante. E insiste en tres ideas: que las políticas públicas, con su discurso masivo y oficial, no empapen e interfieran la labor específica de los historiadores; que la *memoria* sustituya o hipoteque a la *historia*, que no ocupe su lugar de manera vicaria; y que, sin que contradicción con ambas cosas, se deje ver el carácter político y moral –en el sentido de *cívico*, deudor de la comunidad– de toda obra histórica. Denuncia Castells la “neutralidad blanda” que, en el discurso público nacionalista vasco, equipara violencias de un lado y otro, y para responder lo que defiende como

compromiso de verdad histórica, reclama dar cabida a la voz de las víctimas de ETA. Echa de menos, para finalizar, la creación de un centro que, en su universidad –la EHU/UPV-, sirviera como cauce para poder dar forma al cruce de relatos, de un lado y otro.

A partir del concepto de “comunidad de memoria”, Ander Gurrutxaga propone a su vez “dos enseñanzas y una reflexión”. La primera enseñanza la apoya en Isaiah Berlin, quien escribiera que “estamos condenados a elegir, y cada elección puede entrañar una pérdida irreparable”. La segunda se inspira en R. Dworkin y en su concepto de la responsabilidad personal en cuanto al rumbo que imprimimos a nuestras propias vidas. La reflexión, en fin, rebaja el peso del poder de la política, como instrumento para remediar todos los males... Recalcando la pluralidad de la sociedad vasca, Gurrutxaga insiste en que falta un acuerdo sobre la narrativa acerca de ETA, sobre qué ha sido y qué representa en el pasado reciente de esa sociedad. Y, en especial, destaca que el discurso nacionalista radical no ha elaborado teoría alguna sobre la responsabilidad, y sobre los límites de “lo posible”.

Haciéndose preguntas que los propios nacionalistas radicales no se han atrevido seguramente a plantear, el sociólogo va repasando las contradicciones entre lo que ETA pretendía hacer de Euzkadi y lo que Euzkadi es, en realidad: “No deja de ser paradójico que la organización que quería ser vanguardia del movimiento de liberación nacional, termine su andadura sin ser vanguardia, sin movimiento y sin liberación nacional”. Indagar por las causas no es tarea fácil para la propia ETA o su entorno, reconoce, porque “probablemente las preguntas y las respuestas lleven a desempolvar el drama de muchos de los que la acompañan en este funesto viaje (...) Quizá no encuentren respuesta, o quizá decidan prescindir de la pregunta porque la supervivencia pesa más que la búsqueda de la verdad” (pp. 254-255). Gurrutxaga no deja, sin embargo, de intentar ofrecer una salida a la situación de equilibrio inestable, acentuado quizá por la crisis, que sitúa en un pragmatismo ético y político que lleve al centro de la vida en el País Vasco –una *vida buena*- una agenda de *memoria y libertad*.

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA
Universidad Complutense de Madrid

PEIRÓ MARTÍN, Ignacio, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, 404 pp.

“Incluso en el ámbito de los maestros del pensamiento histórico que han alcanzado el reconocimiento de la profesión y de la sociedad española, la historia de nuestra literatura histórica se ha construido sobre una suma de imágenes fortuitas y adhesiones superficiales, recuerdos nostálgicos y dedicaciones incondicionales”. Ignacio Peiró Martín, profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza